

PROLOGO

Cerca de seis décadas han pasado desde que empezamos a publicar el Anuario de Eusko-Folklore. En él han ido saliendo a luz los resultados de muchas de nuestras encuestas e investigaciones ideadas y organizadas con el fin de conocer la cultura popular vasca.

Los que colaborábamos en este empeño formamos la Sociedad de Eusko-Folklore, que luego —año 1921— se incorporó a Eusko-Ikaskuntza «Sociedad de Estudios Vascos». Esta patrocinó nuestros trabajos y financió su publicación en la hoja mensual «Eusko-Folklore» y en «Anuario de E.-F.». De la primera salieron a luz 145 números y del segundo 14 volúmenes antes de la guerra de 1936.

Este malhadado acontecimiento paralizó aquí nuestras labores, deshizo las instituciones culturales que con gran empuje iban desarrollando los estudios vascos, eliminó a unos vascólogos y dispersó a otros por diferentes países del mundo. Con todo, las hojas «Eusko-Folklore» (segunda serie), el «Congreso Internacional de Estudios Vascos», de Biarritz, y las revistas Ikuska y Eusko-Jakintza publicadas por los exiliados en Vasconia N. revelaron que la vocación para nuestros estudios etnográficos no había desaparecido.

Desde el año 1953 pudimos reorganizar las investigaciones en Vasconia S., gracias a la ayuda de la Sociedad Aranzadi recién fundada. Desde entonces se han ido publicando aquí las hojas Eusko-Folklore (3.^a serie) y el Anuario de Eusko-Folklore (12 volúmenes).

A partir del año 1968 hemos procurado promover las encuestas etnográficas en las cuatro regiones vascas de la zona meridional del país, organizando para ello los grupos ETNIKER que han asumido la tarea de investigar la estructura de nuestra cultura, el funcionamiento de sus elementos

y la significación cultural de los mismos, así como las fases de su transición o evolución contemporánea.

Lo que pretendemos es, pues, que nuestras encuestas sean sistemáticas o encaminadas al estudio del sistema de elementos o categorías que forman la cultura vasca. Atendiendo a este plan, también nuestros colaboradores de esta última etapa van realizando sus investigaciones y han publicado ya algunos resultados en diversas monografías, como las de Valcarlos, Améscoa, Artajona, Romanzado, Urraul Bajo, Aria, Urzainki, Valle de Elorz, Obanos y Barañain, en Navarra; las de Bernedo y sus contornos en Alava; las de Bermeo, Busturia, Amorebieta y Gorocica, en Vizcaya; las de Oresa y Cerain, en Guipúzcoa.

Gran parte del material así registrado son vigencias colectivas que nos llegan por tradición. Tales son las casas, ciertos tipos de muebles, aperos, muchas técnicas y modos de actividad —ganadería, pesca, agricultura, artesanía e industria—, instituciones sociales —familia, vecindad, hermandades, pueblo—, dichos y relatos populares, creencias, preocupaciones, conciencia pública, costumbres, ritos, etc. Son formas de existencia, organizadas unas e imprecisas otras, que uno encuentra hechas en su contorno. Formas que tuvieron su origen en actos personales de individuos vivientes y se socializaron después. Convertidas así en elementos o tópicos sociales, son conservadas y transmitidas por la comunidad, formando una suerte de cultura colectiva o segunda naturaleza. Ellas constriñen a los individuos y les sirven de base en su andadura por el mundo; incluso exoneran a muchos de la tarea de pensar por su cuenta y permiten a otros beneficiarse de su nombre para lograr notoriedad, mando, riquezas u otros intereses personales.

También ocurre muchas veces que las vigencias o tópicos colectivos sean utilizados como disfraces o carátulas engañosas y pieles de ovejas en las que se enfunda el lobo. Así, hay quien cubre de celo religioso, patriótico o político de izquierda o derecha su devoción a intereses bastardos. Son casos de formalismo o modo de comportamiento en el que la forma predomina sobre el fondo, de suerte que baste llenar ciertas formalidades para lograr los efectos deseados.

Todo esto nos revela que ciertos aspectos del complejo cultural que estudiemos, podrán ser abordados por el investigador con relativa facilidad mediante la observación, la información y la estadística; pero son menos asequibles otros aspectos como la calidad y el grado de adhesión al ideal o modelo adoptado o la fidelidad de los socios a su espíritu, única realidad fundamental de los fenómenos sociales.

Hay, pues, numerosas formas de ser y de actuar colectivas —como las que tienen como fin supremo la riqueza, el mando, la grandeza de la comunidad, el placer sensual o el amor al ser que nos trasciende

(Dios)—, de signos y valores muy diferentes. Respondiendo a los impulsos y opciones que ofrecen tales formas o vigencias, el individuo va incorporándose a ellas —proceso educacional—, hasta elegir su forma de vida y lograr una profesión en muchas ocasiones.

Tras el estudio de esta labor de culturización, que debe ser registrada por el etnólogo, viene otra tarea sobre algo, cuya significación cultural es más auténtica: adentrarse en el venero de la cultura humana que es el individuo.

El hombre, que ha logrado recibir los modos comunes de pensar y de obrar o que ha conseguido sintonizar su vida con el ambiente en torno, llega un día a plantear como problema las formas colectivas que han modelado su conducta, a enfrentarse con el mundo y consigo mismo, y trata de inquirir no sólo cuál debe ser su comportamiento como mecánico, periodista, labrador, médico, maestro o futbolista, sino también cuál es su misión como hombre. Así emprende la búsqueda de su destino o fin supremo con estas apremiantes preguntas: ¿qué soy yo?, ¿quién decidió la existencia del hombre?, ¿para qué?, ¿qué sentido tiene mi aparición sobre la tierra?

He ahí la problemática fundamental, característicamente humana, que ocupa lugar destacado en el campo de visión de quien ha tomado en serio la vida. Las soluciones logradas en esta materia, que sitúan al hombre en la cúspide de la vida personal, deben ser auscultadas por el etnógrafo tanto en la vida privada de sus informantes cuanto en su proyección sobre las costumbres o vigencias colectivas.

Observando tales vigencias y los resortes de la vida personal en el ideario y en el comportamiento de sus informantes, los investigadores de nuestros grupos ETNIKER pueden hacer una o más semblanzas o biografías en cada localidad estudiada.

Esta labor comprende, naturalmente, una descripción del proceso de la culturización del informante o informantes, la del mundo de sus representaciones y la de sus preocupaciones, aspiraciones, esperanzas y emociones.

A este propósito, bien será señalar aquí las múltiples palancas que nuestra generación ha puesto en movimiento para exteriorizar a uno, apocando y anulando su vida íntima, su personal existencia: innumerables procedimientos publicitarios; juegos y deportes multitudinarios; sollicitaciones o llamadas incesantes a lugares de diversión y de placeres; periódicos, revistas y mil suertes de publicaciones; radio, cine y televisión al alcance de cualquiera; fáciles medios de comunicación y de transporte o locomoción; grupos políticos en los que muchas veces el apasionamiento, más que las convicciones, crea un vocabulario de guerra; desfiles con carteles seduc-

tores y manifestaciones de multitudes que ululan por consignas o siglas ambiguas, etc. He ahí algunos de los dispositivos de extraversion, constantes llamadas a la periferia que actúan sobre cada uno con merma evidente de la vida interior auténticamente humana, y que deberán ser anotadas por nuestros colaboradores.

Tampoco hay que perder de vista que toda sociedad comunica con su pasado y se balla, en cierto modo, investida por él. No podemos, pues, asegurar que una cultura sea totalmente inteligible atendiendo tan sólo a su estructura y a sus funciones actuales: su pasado diacrónico, los antecedentes de cada elemento cultural y su función o funciones deben ser investigados para completar el conocimiento del porqué o motivo de su presente.

Pero el estudio de los hechos históricos presenta dificultades especiales. Es labor que uno puede realizar tan sólo situándose en la época en que se produjeron tales hechos y reconstruyendo su momento histórico.

Hay que advertir, además, que el juicio del historiador, como el del arqueólogo, es una suerte de diagnóstico para el que se requiere mucha experiencia. Un viejo relato, un objeto instrumental, un monumento artístico o un documento de nuestros lejanos antepasados no será, en el mejor de los casos, más que una recuperación parcial de la historia vivida por ellos.

Con todo, las noticias que logremos acerca de la andadura de nuestro pueblo a través de los siglos, son de suma importancia para mejor conocer la etnia vasca. Sólo el tematizarlas es ya formar conciencia histórica, es adquirir un nuevo elemento que, socializado, dará matiz o sentido peculiar a la totalidad de la cultura actual.

He aquí señalados algunos hitos que marcan el proceso, harto accidentado, de nuestros trabajos etnográficos del pueblo vasco, y subrayados varios aspectos de la vida étnica que no debemos perder de vista quienes tratemos de conocer los hechos humanos, objeto de nuestras investigaciones.

Atáun, 20 de junio de 1978

José Miguel de Barandiarán